



Libertad



Las mujeres dan valor

SEMANARIO DEL FRENTE

DIVISION 42
C U E N C A

AÑO I

NUM. 3

Las mujeres, dan valor. Hoy, como ayer, en la inmortalidad del pincel de Goya, la mujer española, es un espejo claro de renunciamiento, de abnegación, de sacrificios. La victoria, es suya. Llenas, están las páginas homéricas de esta grandiosa epopeya, de ejemplos maravillosos, en los que la hembra hispánica, se yergue viril, contra todo intento de vasallaje y de dominio. Ella, grita en la vanguardia de la lucha: ¡Venceremos! Y la historia, le dará la razón.

PALABRAS DEL COMISARIO

Las hordas extranjeras vienen a robarnos lo que solo es nuestro.

Camaradas soldados:

Cruzamos de nuevo horas dramáticas, momentos graves que exigen de todos el máximo heroísmo para lograr la victoria. De un lado tenemos el sacrificio de Euzkadi, ametrallado, herido, deshecho por la lluvia de metralla y fuego de las hordas extranjeras lanzadas al asalto de nuestro país. La barbarie fascista ha arrasado el suelo de Vizcaya y asesinado a millares mujeres, ancianos y niños. No hemos de llorar sobre sus cuerpos destrozados. En nuestras manos tenemos los fusiles. Con ellos hemos de vengarles. Pensando que en las trincheras enemigas están los culpables de toda la salvajada. Y que en ellas—que serán nuestras—nos esperan la libertad y la gloria.

Pero no es sólo el dolor de Euzkadi que nos sirve de nuevo acicate en la batalla emprendida. Es también la actitud hostil y cobarde de las potencias fascistas. Alemania e Italia han arrojado desvergonzadamente la careta. Ya no están en el Comité de Londres. Ya se muestran con las manos libres y tintas en sangre para seguir cometiendo crímenes bestiales en nuestro país. De ellas podemos esperar todo. Fueron ellas las que enviaron aviones que destrozaron nuestros hogares. Fueron ellas las que pagaron la sublevación de los traidores que ensangrienta a España. Fueron ellas las culpables de tantas lágrimas, de tanto sufrimiento y dolor como padece nuestro pueblo. Ahora, quizá pretendan continuar su obra salvaje, completándola. Ahora preparan acaso nuevas agresiones como la de Almería. Ahora, sin duda, enviarán nuevos regimientos de la Reichwehr o nuevas divisiones de camisas negras para que nos diviertan con sus huídas vertiginosas.

Frente a todos nosotros, soldados de la libertad, se yergue el peligro de la invasión extranjera. Italia y Alemania tienen exceso de población y falta de primeras materias. Alemania quiere nuestras minas de Riotinto, Almadén, Linares y Asturias; nuestras factorías industriales de Vizcaya y Cataluña; nuestros puertos y nuestros astilleros. Italia quiere todo el aceite de Andalucía, y el vino de la Mancha, y los naranjales de Levante, y el trigo de Castilla. Vienen a convertirnos en una nueva Etiopía, a robarnos lo que es sólo nuestro, a imponernos el yugo infamante de la más vil de todas las esclavitudes. Nosotros no podemos consentirlo. Ni como hombres, ni como revolucionarios, ni como españoles. Empezamos a luchar contra los traidores para defender nuestras libertades civiles amenazadas. Hoy no sólo luchamos por eso. Hoy peleamos también para poder decir con orgullo que hemos nacido en un pueblo libre e independiente que se llama España.

Es dura la lucha que sostenemos. Acaso en las semanas próximas adquiera todavía mayor dramatismo. Pero hemos de aceptar como hombres la realidad. Hemos de estar a la altura de nuestro deber y de nuestra misión. Es nuestra propia dignidad quien nos lo pide. Es la felicidad de nuestros hijos quien nos lo exige. Es el honor de nuestras mujeres quien nos lo impone; de unas mujeres que prefieren vernos muertos a que contemplemos con mansedumbre bovina cómo las escarnea la brutalidad de un militar teutón o la flamenquería de un camisa negra afeminado. Por ello, por todo ello, hemos de combatir. Once meses de guerra prueban que entre nosotros sigue vivo el espíritu indómito de Viriato, de Padilla, de Daoiz, de Velarde, de todos los que supieron luchar y morir defendiendo frente a los invasores extranjeros la independencia de España. Nunca, ni en los momentos más críticos, ni cuando muchos de nosotros vivimos las horas dramáticas de la Casa de Campo, hubo vacilaciones ni desfallecimientos entre los heroicos luchadores de la libertad. Tampoco ahora puede haberlas. Si el peligro arrecia, arreciará también nuestro ímpetu para aplastar con la fuerza de nuestra razón y con la razón de nuestras armas a todos los enemigos del pueblo español.

Camaradas soldados: Ha llegado la hora de probar quiénes somos y lo que valemos. ¡Sin dudas, sin temores, todos juntos y adelante! En las trincheras del enemigo está nuestra libertad. Con el heroísmo de todos, sabremos conquistarla de una vez para siempre, demostrando al mundo entero cómo sabe morir y vencer un pueblo que no quiere ser esclavo.

José VILLANUEVA,

Comisario de la División.

AL CORRER DE LA PLUMA

Tengamos fe en la victoria

La prolongación de la guerra civil, que no es oportuno comentar en estos momentos, tiene, cuando menos, la virtud de probarnos la firmeza de las convicciones políticas de muchos de aquellos hombres en quienes depositamos nuestra confianza y ciframos la esperanza de conducirnos a una era de paz y justicia social.

En once meses de guerra, a través de discursos, conferencias y divulgaciones de prensa, la galería de «nuestros» políticos nos ofrece cuadros que nos recuerdan amargamente aquellos otros que la pureza de nuestras ideas había desterrado para siempre.

En el suntuoso y admirable escenario de Ginebra, montado por la clase capitalista, no para servir de barrera a las ambiciones de países guerreros como ha querido demostrarse, sino para manejar hábilmente las masas trabajadoras y entorpecer su marcha revolucionaria, la guerra civil española ha puesto de manifiesto que es un instrumento del capital.

Los que no alcanzamos la marcha de los acontecimientos en las «alturas» formamos opinión basándonos en los hechos. Citarlos o comentarlos evidenciaría nuestra ingenuidad política y además los ejes que marcan el movimiento de la España republicana y que nos representan ante el Mundo serán llamados a rendir cuentas en su día.

Mientras tanto, la clase trabajadora, superándose, sacrifica lo mejor de su juventud en los frentes de batalla. El miliciano de las jornadas de julio alumbró el soldado español que lleva y siente dentro de su pecho el ansia de pelea porque le guía un ideal, el más honrado, el más sublime, el de la clase trabajadora. Sabe que cuanto más alta cruce la bandera, más lejos irá el nombre de España. Del miliciano nace el Oficial, el jefe y el Comisario. Nana ni nadie es perfecto, y el Ejército Popular no puede escapar a esta ley natural, pero NADIE puede discutirnos el esfuerzo gigantesco de quienes arrancados de sus talleres, de sus profesiones liberales o de las aulas, movidos por el sentimiento más hermoso, han preferido ofrendar sus vidas y su sangre destruyendo la leyenda que nos presentaba ante los ojos del Mundo como un pueblo indiferente, frívolo o desprecupado.

La inmensa mayoría de los españoles sentíamos aversión a todo lo que encarnara militarismo. Si individualmente ha constituido un sacrificio imponderable esta personalidad transitoria, no olvidemos la resistencia que ha sido necesario vencer en determinados sectores sindicales y políticos.

No es propósito mío herir susceptibilidades de hermanos de raza, pero si la clase traba-

jadora de un país que, escudado en fórmulas diplomáticas nos hace hoy la guerra sin declararla, hubiera defendido sus libertades ante la provocación fascista, es fácil que a estas horas la guerra civil española hubiera pasado a ser un episodio más de nuestra historia.

El enemigo que tenemos enfrente, manejando sus recursos poderosos ha contado con el concurso de la mayoría

LAS AMARGAS VERDADES

Al pueblo hay que presentarle siempre la realidad, por dura y cruel que ésta sea. Y la táctica del avestruz, aunque sectores ingenuos o incapaces de la política española estimen lo contrario y lo contrario practiquen, sólo ha contribuido a dar pésimos resultados. pueblo se le dice una y otra vez que todo va bien, que el porvenir se ofrece claro y limpio, ¿cómo se le va a pedir que se adentre con valor y con estoicismo en los turbiones tempuestuosos de la lucha definitiva que vive?

tiano de ser o no ser.

Porque si al pueblo sólo se presentan visiones de color de rosa, visiones optimistas, ¿sobre qué motivos deberán basarse las peic. nes que se le hagan para que recurra a su fibra templada en todos los heroísmos para desalojar de sus posiciones al invasor? Si al todas sus consecuencias, con todos sus sinsabores. Así y sólo así es como será posible pedirle al pueblo que supere las gestas gigantes cas que lleva realizadas, que se entregue con nuevos afanes, con redoblado entusiasmo, a la lucha salvaje y brutal en la que se venia su existencia como pueblo libre, en la que se repite el dilema hamue de molino, o se desanima creyendo que las consecuencias son peores de lo que él ha pensado, o se indigna al creer que hay quienes to toman por imbécil.

No, camaradas, no. Al pueblo hay que hablarle en todo momento, en cualquier circunstancia, el lenguaje escueto de la verdad, con capaz de todos los heroísmos, que tiene el valor suficiente para soportar calladamente, estoicamente, todos los sacrificios—como lo tiene bien demostrado—, tiene también el claro sentido suficiente para discernir entre lo que le conviene y lo que le perjudica. Y como consecuencia, cuando alguien intenta hacerle comulgar con ruedas zarse a nuevas victorias, a nuevos heroísmos, a actualizar una vez más las gestas sublimes que lo hicieron famoso y q. ? son su mejor ejecutoria revolucionaria y guerrera.

Por esto creemos completamente equivocada esa postura que pretende desvirtuar a los ojos del pueblo la importancia de la pérdida de Bilbao. E equivocada e improcedente, porque el pueblo, que es para poderle exigir nuevos y más dolorosos sacrificios, heroísmos más repletos de sinceridad y de ardor.

El pueblo, que todo lo da generosamente, que todo lo sacrifica, debe y puede saber la verdad. Esta no amilana nunca a los auténticos revolucionarios, sino que en todo caso les sirve de acicate para lancia política, a los que a todo trance se empeñan en seguir ostentando los resortes del poder, pero al pueblo le conviene y le agrada saber la verdad, por dura que ésta sea; más aún, cuanto más dura sea la realidad, más exactas y más sinceras deben ser las palabras que al pueblo se dirijan, pues sólo así se cumplirán los requisitos previos

No hace obra más útil a la causa antifascista quien más habilidosamente oculta al pueblo trabajador, guerrero y revolucionario, los reveses que la guerra nos trae. Ni puede llamarse ayudar a levantar al moral combativa de los luchadores de la libertad tergiversar el significado de las últimas jornadas. Eso convendrá a los logreros de

de la clase media, y hoy día la pequeña burguesía, que sin inclinarse abiertamente hacia nosotros en los primeros momentos del movimiento nos miró con simpatía, nos hace una guerra sorda al sentirse lesionada en sus intereses.

Quedamos unidos ante el fascio una masa obrera indivisible, un puñado de militares leales y, entre ellos, jefes destacados a quienes nuestra causa no podía atraerles por medro personal, más bien, perjudicarles en sus bienes materiales, y un núcleo de hombres liberales que condena el crimen perpetrado por la soberbia capitalista y nos presta su concurso decidido y sincero.

¿Se ha sabido recoger el anhelo de estos hombres? ¿Se ha comprendido su esfuerzo, su sacrificio, que no por ser justo y humano, pierde belleza? ¿Es que hay quien pueda dudar de la democracia que preside hoy la vida de todos los combatientes, fuera de la rigidez militar en los actos del servicio? Y ¿sería esto posible si no defendiéramos una causa honrada y justa, madre de las libertades a que tienen derecho todos los pueblos?

Tengamos fe en la victoria, pero hoy más que nunca, luchadores antifascistas, unámonos si queremos que el enemigo no aproveche nuestras debilidades, apoyado por la locura de los que, alejados de los frentes de lucha y cegados por los cargos públicos, se obstinan en mantener posiciones que entorpecen nuestras ansias de triunfo y de retorno a la vida civil.

Se equivocan todos los que esperan la división de la clase trabajadora, y más todavía sus luchas intestinas. El capital es tentador para el egoísmo del ser humano, y nosotros busquemos en el trabajo la paz del hogar, el bienestar relativo y los medios que permitan la educación de nuestros hijos, base de una España nueva. Nuestras ideas, de diversas tendencias, encontrarán el cauce armonioso que nos permitirá sustentarnos sin luchas suicidas.

Los que sentimos la causa de la clase trabajadora con la nobleza y sin egoísmos, abandonaremos este mundo, orgullosos de haber vivido la época más emocionante de nuestro país y dichosos de haber contribuido a su liberación definitiva.

Uno de la Columna «Lacalle».



EN AVIACION

Los especialistas armeros y su escuela.

La casualidad (?) ofrecióseme; y yo, aprovechándome de ella, la oprimí cuanto pude hasta desprenderse el jugo a que le obligaba mi esfuerzo.

¡Armeros! ¡Bombas!!
¡¡Ametralladoras!!
¡¡¡Aviones!!!

A los combatientes de avanzadillas—lo sé por experiencia—no hay elemento bélico que más seguridad y brío les dé que nuestros aviones. Famosa es nuestra Artillería, y no deja de ser un bálsamo para la «vida guerrera»; pero los aeroplanos del pueblo libertador y libertado, son los hilos conductores de energía para nuestros luchadores.

Otro día, posible es escriba en esta revista—vecero de la libertad pura—lo concerniente a otros hombres no menos abnegados y dotados de espíritu revolucionario y justo que trabajan en el arma de Aviación. Hoy, les dedico este modesto trabajo, a la Escuela de Especialistas Armeros, a sus profesores y alumnos.

No es sabido de todos la misión de los armeros. Para los profanos, todo es desconocido con respeto a la Aviación. ¡Sólo vemos nuestros «pájaros» abriendo camino hacia la redención!

¡Revolucionarios ansiosos de paz! Venid conmigo un momento; apartad por un instante vuestro pensamiento contraído y dolorido de tanta infamia, y penetrad a mi compás en el local de esta Escuela. Veréis un retablo; sobre él, unas sillas; sentados en ellas, unos hombres ¡españoles! de no edad madura. Cara a ellos, unos bancos-pupitres, en los que, sentados, están jóvenes imberbes que con gran atención escuchan las lecciones de los profesores que de frente tienen. Son los que escuchan alumnos que hacen el Curso de Armeros. Seriedad, atención, cuidado. A pesar de que estos educandos están en la edad propia de la «chirigota», la «calaverada» y la broma, permanecen fijos para grabar en su mente cuanto las dicen. ¡Qué satisfacción!

Hablan, por turno, los profesores Carnecero, Alcázar, Cueto, Navarrete, Calderón, Chacel—este último profesor de «nuevo cuño», joven inteligente y muy capacitado para la labor que le han encomendado (penosa), pero que sobrelleva con gran ánimo y estoicismo.

Oigo las lecciones—y las primeras palabras:

—«Ante todo, compañeros, ¡tened en cuenta al empezar el Curso; que habéis de terminar pronto y bien. Pensad que vuestro trabajo, además de delicado, es muy necesario para la buena marcha de nuestros aviones y que su acción pueda fructificar y redunde en beneficio de la guerra y contra la opresión. Recordad a nuestros hermanos, que, débiles y sin aliento, esperan vayamos a librarlos de las fuertes garras del fascismo!»

Todos asienten con un gesto demostrativo de convicción a este respecto.

En lugares apropiados vemos a los ametralladores, lanzabombas, visores, colimadores, cajas de sincronización; en otro sitio—que saberlo no hace al caso—los aviones.

La voz del profesor, clara y fuerte, que se dirige a los que callados, con interés escuchan se oye en la oquedad de este recinto:

—Practicad mucho y que vuestra principal preocupación sea ésta: Seguridad de que los lanzabombas estén bien colocados para que no impidan desprenderse a las bombas al ser lanzadas contra los traido-

res e invasores. Que los visores queden situados de manera perfecta para una buena puntería. Que las ametralladoras, en los «cazas» vayan bien sincronizadas para poder dispararlas en vuelo contra los aviones dirigidos por los fascistas de corazón negro como los aeroplanos que conducen. Asegurarse que los proyectiles pasan a través de la hélice sin interrupción; de no hacerlo, peligrará el avión y aviador, lo que nos privaría de un gran defensor menos.

Obvio es detenerse a observar, para ver el ardor y fe que los profesores ponen en sus explicaciones; en los alumnos se refleja—debido a la atención que ponen—van comprendiéndolo todo. Sobre las cuartillas, el lápiz va trazando, veloz, figuras que más tarde han de pasar a grabarse en el cerebro de estos muchachos.

Han pasado ¿días?, ¿semanas?, ¿meses? Las lecciones terminaron. El director de la Escuela—comandante Muñoz del Corral—sonríe satisfecho. Enorme alegría denota el rostro de los profesores al presentar a los nuevos especialistas forjados por ellos. Pero aunque la alegría y satisfacción no pueden medirse por ser incommensurables, notamos es mayor la de nuestros ex alumnos. Es natural. ¡Ya llegó el momento! No piensan, ni les importa que sus quehaceres son de peligro. Sólo

lo querían valer para la guerra. Se abrazan. ¡Ya valen! Se preguntan:

—¿Dónde vas destinado?
—A los de bombardeo, ¿y tú?
—A los «chatos»—¿Aquél?
—A los «moscas».

Del grupo de estos animados y fervorosos revolucionarios surge el orador—nunca jacta en estos casos—, que con palabras encillas expone:

—«¡Camaradas! ¡Siendo verada que somos enemigos de la guerra, hemos de procurar aminorar su duración; con nuestro constante trabajo, sin parar en sacrificios; que nuestros aviones «aravajen» con exactitud ha de ser nuestro mayor orgullo; que la recompensa por nuestro trabajo sea terminar y ganar la guerra, abrazar en la paz a nuestros hermanos y compañeros que por la verdadera libertad exponen su vida en las trincheras!»

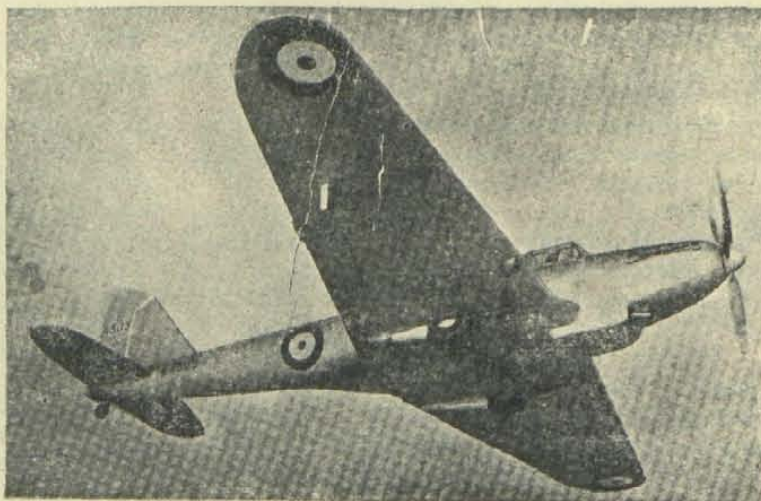
Un ¡bien! estentóreo brota por la garganta de los oyentes. No aplauden, que saben no están en corridas de toros, y que además sus manos están y se deben ahora a cosas de provecho.

Apuntado que he lo visto por mí, y después de haber precisado el buen funcionamiento de estos Especialistas ¡españoles!, puedo afirmar que con esta hermosa colaboración a los demás combatientes de todas clases, la guerra será terminada por nosotros, con nuestra victoria.

Ya he visto lanzarse al espacio a los pilotos de anhelos sin par, con los aviones en disposición de cumplir su honoroso cometido. Ni una duda, ni una vacilación. Les consta, son revolucionarios los que en «marcha» han puesto su aparato. Vuelan raudos, portando metralla para el monstruo fascista—¡tiembla, maldito Franco!—Están seguros de que sus Armeros pusieron meticulosidad e inetrés en las operaciones...

Mi felicitación a profesores y examinados.

ANGEL ALVAREZ ARELLANO.
Junio de 1937.



NOCHE DE PARAPETO

La moral del soldado del pueblo. no decae nunca.

TORMENTA

Las doce de la noche, noche tormentosa en el parapeto. Mis ojos escrutan la obscuridad, mientras todos los sentidos se reconcentran en los oídos; la vista no sirve en estas horas horribles de truenos, relámpagos y viento. El agua azota mi cara cual latigazos crueles, en el que el firmamento, cual implacable tirano, quiere lacerar mi cuerpo en intermitente lluvia que hace entumecer mis huesos, pero no mi corazón, que sigue firme y todo oído en el parapeto.

Rasga la noche un relámpago terrible; a su luz mi vista recorre el llano y valle buscando al traidor que por sorpresa en esta noche inhumana quiera atacarnos, pues la traición siempre fué aunada por la traición de los elementos. ¿Cuándo mejor para una sorpresa? Pero, no; nunca será sorpresa para nosotros sus maquiavélicos planes; siempre alerta y dispuesto al ataque es nuestro lema contra la canalla, la muerte. Nosotros sabemos morir con la sonrisa en los labios, como saben morir los hombres honrados, los hombres de la C. N. T y la F. A. I., pero por sorpresa nunca nos cogerán, ni aun a

favor de los elementos; sería la batalla más cruenta de cuantas el mundo conoció y conocerá, pero los muy canallas no nos quierén atacar. ¡Qué rabia!

Sigue la lluvia y los truenos, los relámpagos se suceden sin interrupción; mi vista se ciega a cada destello vivísimo que desde las alturas baja a la tierra, pero imperturbable a la lluvia y a la tormenta, sigo en mi puesto de centinela; tras de mí, en las chavolas, duermen mis compañeros, ajenos a la tormenta que se desencadena sobre sus cabezas. Duermen en dulce reposo, en la confianza de sus centinelas; pienso en ellos y en la guerra, y bajo las horas de esta noche tempestuosa, pregúntole a mi interior: ¿Qué es la guerra? ¡La guerra! ¡Malditos aquellos que la inventaron! ¡La guerra es política, la guerra es comercio, la guerra es crimen y asesinato con alevosía; eso es la guerra! ¡Política, Política y Política!

La tormenta sigue ahora en todo su apogeo; tormenta del firmamento que sobre la tierra descargas todas las furias del Averno, que con tus horribles truenos quieres apagar los truenos que en el ámbito de la tierra española los cañones, morteros, ametralladoras, aviación y fusilerías, bombas de mano y todo cuanto el hombre inventó. ¡Malditos sean esos hombres! para destrucción de los hermanos sobre la paz de la tierra, apagarlo de una vez, porque sólo ella tiene derecho a atronar sobre la tierra; por algo procede de la madre Naturaleza. Noche terrible, compañeros, en el fragor de una batalla, no sientes lo que en estas horas angustiosas de tormenta. La rabia te consume, los ojos te duelen de escudriñar en la

obscuridad de la noche, el fusil siempre presto, los ruidos son multiformes, el campo tiene miles de ruidos que hacen vibrar tus nervios cual mujericas. ¿Es miedo? ¡No! Es gana de ver, ansias de atacar; la inercia nunca fué buena y menos para nosotros. ¿Por qué no atacamos? ¿Quién tiene la culpa que en los frentes de Aragón, en el frente de Teruel estemos paralizados haciendo vida de marmotas? ¿Es que esperan que nuestra moral de combatientes se relaje? Pues no lo penséis, luchamos por nuestra libertad, por la libertad del mundo proletario. No lo penséis, pues nuestra moral no decae un solo momento, ni en nuestros pechos entra el desánimo con vuestra política, puesto que está en pie el pueblo que en retaguardia nos espera con nuestra victoria libertaria.

Política, ¿qué es lo que quiere, qué buscas con tanta sangre? ¿No ves las tierras de labrantíos rojas como amapolas? ¿No ves las ciudades deshechas; sus ancianos, mujeres y chiquillos destrozados por la metralla de los bárbaros? ¿O es que tú, Política, no tienes madre? ¿Qué buscas, Política, con tus ansias de riquezas?

Maldita política, que en tu egoísmo no quieres comprender que todos somos hermanos. Compréndelo, Política; acalla tu estómago, pues de no hacerlo así las salpicaduras de esta cruenta guerra llegará a salpicarte la cara, y entonces será tarde para rehabilitarte ante nosotros.

Oyelo bien, el mundo marcha, y el mundo hoy no da su sangre en vano.

Sigue el viento huracanado luchando para llevarse la tormenta a otros confines; rayos y chispas, truenos retumban-



tes se vuelcan sobre la tierra, pero el viento no se espanta ante poderío tal; él solo con su ulular, lucha con el monstruo, con solo un arma: su velocidad, que es su moral contra la tempestad. En estas noches en que la realidad de la guerra nos une a todos, marxistas y anarquistas, y todos cuantos laboramos en la guerra por nuestra victoria, fijo mi atención en aquellos que en la retaguardia, haciéndose pasar por antifascistas revolucionarios, esconden sus instintos de barbarie empujando a la matanza entre hermanos, bajo ideales que ellos nunca sintieron, porque son tan sagrados que no pueden albergarse en pechos tan ruines. ¿Por qué lanzáis a nuestros hermanos en la retaguardia a matarse entre sí? ¿No es bastante la sangre derramada en los campos de batalla? Dejad vuestra ideología de partidos y laborar como verdaderos españoles, bajo una sola consigna: aplastar el capitalismo mundial. Dejad que el aire entre en vuestros pulmones y os purifique, arrojando lejos de vosotros la tormenta que ruge en vuestros pechos; sed más atentos con vuestros hermanos que luchan en las trincheras; darles cuenta necesitan para aplastar al fascismo traidor. Hombres que luchamos en los campos de batalla, sólo



tenemos un anhelo: unión contra el enemigo común, todos unos en un solo hombre, codo a codo comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos, luchamos frente al mismo enemigo. En los frentes hay unión, ¿por qué no ha de haberla en la retaguardia? ¿Quiénes sois vosotros, que nunca estuvisteis en un frente, para comerciar con la sangre derramada en las trincheras, y aun no contentos, dividís a los proletarios en la retaguardia? Vosotros, los mangoneadores, coged un fusil y veníos al frente, que con los brazos abiertos os recibiremos, y así conoceréis lo que es la guerra.

La guerra es algo maligno, pero cuando se hace para esclavizarnos del yugo tiránico del capitalismo, es algo tan sublime que hasta los dioses (y eso que somos ateos) pónense de nuestra parte ante gesta tan heroica, única en la historia universal.

Pueblo que siempre fuistes esclavo, por fin sacudistes tus cadenas, eres León de Iberia que estabas encerrado en la jaula de un circo, pero algún día tenía que llegar en que al domador te lo comieras, sigue impertérrito en la lucha; en sendas dentelladas le arrebataste, primero el látigo (Cuartel de la Montaña), luego el cuerpo (Madrid, Guadalajara, Jarama, Euzkadi), pero aún tiene la cabeza; no cejes en tu empeño, que el León de Iberia es invencible. El mundo entero espera de ti la derrota total del capitalismo mundial; no te dejes engañar por falsas maquinaciones de los que, ya ahitos de sangre sin haber ellos dado ni una gota, quieren burlarte con un pacto que tú no debes de consentir.

¡Ahora se acuerdan de los millares de víctimas que ellos han asesinado, al amparo de su sed de riquezas! Antes éramos muchos esclavos, sobrábamos muchos brazos según

su egoísmo; hoy temen quedarse solos, pues los esclavos luchamos en las trincheras por nuestra libertad, y ellos se dicen: Si no terminamos con la guerra, ¿quién va a trabajar para nosotros? Alertas, proletarios, no debemos de consentir tales abrazos, sean ingleses o ginebrinos, o como quieran llamarlos; no podemos consentir ante tanta sangre derramada pactar con nuestros enemigos. ¿Sabéis lo que significa para nosotros tantos hermanos caídos en la lucha? ¡Vosotros cómo habéis de saberlo! Si lo supiérais, no hablaríais de tal engendro. Mujeres, ancianos y chiquillos cayeron para no levantarse más, bajo la metralla fascista internacional. Ciudad es totalmente destruídas, pueblos que no volvetrán en mucho tiempo a reir, pues el horror de los paiarracos negros lo llevarán siempre en la retina de sus ojos, va sin luz ante tanta barbarie. Millares y millares de hombres hermanos han regado con su sangre toda la tierra española: su sangre, empapando los surcos de nuestras tierras, espera de nosotros consigamos salir victoriosos, pues no en balde dieron su vida por la libertad.

Quedad tranquilos en vuestra última morada, que mientras en la tierra quede un solo proletario, vuestra heroica gesta en pro de la libertad no quedará impune: vuestra sangre clama venganza. ¿Cómo quieren que pactemos con nuestros enemigos? Ni lo consentimos, ni lo consentirían nuestros muertos: todos a una se levantarían de sus fosas antes sus vidas rotas en aras de la libertad, y nos escupirían en la cara: ¡¡Cobardes!! ¿Qué habéis hecho? Y ante eso, el más allá.

Descansad, heroicos hermanos caídos en la lucha: mujeres, ancianos, niños, ciudades y pueblos de España. Nosotros seremos el ravo, la tormenta que arrase a aquellos que os hicieron mal, por el mero hecho de su avaricia. ¡Canallas! ¡Asesinos!

Proletarios del mundo entero, uníos. La unión es nuestra victoria. Adelante, y viva la Alianza Obrera Revolucionaria. Salud.

Frente de Gea de Albarra-cín (Teruel), 9-6-1937.

Miguel de la Torre Pintor,

59 Brigada, 1.º Batallón,
3.ª Compañía, 1.ª Sección.

LA FARSA DEL CONTROL

Un episodio de guerra

La farsa de un control, que sólo sirvió de tapadera para las ambiciones imperialistas del fascismo extranjero, nos ha robado Bilbao. Los luchadores del Norte, todo el pueblo euskaro, puesto en pie de guerra, se han batido con heroísmo sin límite ni ejemplo. Cada palmo del suelo vasco fué regado con la sangre de un invasor. Millares de moros, de italianos y de alemanes cayeron antes de conseguir acercarse a la capital de Euzkadi. Pero, al fin, la superioridad del armamento proporcionado por Hitler y Mussolini, a ciencia y paciencia de las dormidas potencias democráticas, rompió la resistencia de nuestros hombres. Caro ha costado al fascismo internacional la batalla. Pero, al cabo de noventa días de pelea ininterrumpida, los ladrones extranjeros han penetrado en las calles de un Bilbao abandonado por su población en masa.

Necesitaba Hitler dominar Vizcaya. Necesitaba sus minas de hierro, sus Altos Hornos, sus astilleros para construir el material de guerra que piensa emplear en la próxima matanza europea. Pero si los vascos han tenido que retirarse, no han sido destrozados. El Ejército del Norte está en pie y a las puertas mismas de Bilbao, dominando la ría, con todas las factorías en su poder. Para poder tener la ciudad en su poder, Alemania necesitará sacrificar millares de hombres. Para intentar un nuevo avance, tendrá que esperar grandes refuerzos si quiere adelantar un nuevo paso.

La pérdida de Bilbao es un contratiempo, pero no un desastre. Ha podido avanzar el fascismo en Euzkadi, por las dificultades para que nosotros auxiliáramos a nuestros hermanos. Ha podido avanzar, porque los bravos luchadores norteños carecían de aviación. Con aviación, con cañones, el fascismo se hubiera estrellado. Como se estrelló en Pozoblanco. Como se estrelló contra Madrid. Como se estrelló en Guadalajara. La lejanía del frente Norte, las dificultades opuestas por la Naturaleza, han impedido la ayuda efectiva y eficaz que pudiéramos prestarles. Todo esto ha hecho posible el revés. Pero, tengámoslo bien presente, Bilbao, con toda su importancia, no es más que un episodio de la guerra. Una derrota a la que, como a la de Málaga, sabremos replicar pronto con cuatro o cinco victorias.

LETRAS DE MUJER

ESPAÑA

Veo, patria, tu dolor y tu heroísmo sincero
bravura del pueblo ibero
que no le teme al terror.

Al temple de los combates
con que te colmas de gloria,
vas recorriendo la Historia
que escribieron tantos vates.

Despojada del opoyo
de Democracias vecinas
que te clavan las espinas
para conducirte al hoyo,
sola a la lucha te lanzas
para dar un escarmiento
a tanto y tanto esperpento
que está hambriento de ven-
(ganzas.

Pues aun resuenan los ecos
famosos del Dos de Mayo,
y todavía desmayo
les causa a los embelecados.

Mantén siempre tu firmeza
digna e ilustre matrona
que el peso de tu corona
no mancilla tu corona.

Un león, una balanza,
una mujer y una espada
dejarán aquí enterrada
la exótica y cruel venganza.

Ni el cañón te dió pavor,
ni te intimidó la saña
por cifrarse tu valor
en ser y llamarte: España.

Delfina Conde-Pelayo.

Santa Coloma de Fornes. 13-6-37



En esta hora aciaga, donde los valores sanos parecen propensos a sucumbir, es cuando con más coraje debemos acometer a la reacción, si no queremos que el anatema colectivo del proletariado lance sobre nosotros el estigma de "cobardes".

LOS ARTIFICES DE LA VICTORIA

«El dinamitero»

Aquí tenemos al dinamitero confederal... Este hombre no hace stajanovismo, porque ya lo hizo toda su vida, aunque corta, de trabajador verdadero... ¿Fue obrero de la ciudad? Pues trabajó la jornada intensiva de ocho horas, sin respiro, para no añadir a su condición de obrero revolucionario su inclinación de abeja laboriosa y rebelde, dispuesta a no dejarse comer la cera del panal después de haber visto cómo el zángano de la colmena humana le comía la miel.

Si esto ocurría con el obrero de la ciudad, más todavía ocurría con el obrero del campo. Este era rebelde en el ambiente más hostil; tenía que demostrar que tenía ideas «peligrosas», pero también que en el tajo, por dignidad, era de los que más trabajaban y con más intensidad... Así contestaba al dictado de vagos, de maleantes, que les endilgaban en los puestos de la Guardia civil y en los depósitos—las horribles perreras—inciviles de los pueblos, con alcaldes de libre elección o simplemente con sus régulos peddneos.

Estos compañeros no tuvieron que hacer grandes esfuerzos para hacer stajanovismo, porque ya lo venían haciendo desde que vinieron a la vida... En la ciudad se dejaron parte de su esfuerzo, así como en jornadas de paro forzoso, que era cuando más trabajaban contra el régimen burgués, preparando pólvora y no para gastarla en salvas, viviendo en la inquietud de no saber en qué jergón descansarían de la persecución de «los perros»... Del compañero del campo no hay que decir menos.

Bien cerca tenemos un compañero, fuerte como un roble, que no está conforme con hacer cómodamente la guardia, y quiere irse de nuevo al frente o a segar, pues le agrada el mordisco del

sol, y no por mandanga política proselitista, sino porque siente que el esfuerzo de los hombres le atrae.

De esta cantera ha salido nuestro dinamitero... De esta brega esforzada ha salido ese hombre que avanza sobre el tanque, que



salta, en un alarido circense, la trinchera enemiga, para hacer migas los sacos terreros y las obras de hormigón al estallido de su envío de dinamita.

Sabe que se juega la vida todos los días al albur de una infidelidad de la suerte, y no le da importancia a que la máquina le mande más de un balazo que se le incruste en la carne...

Este compañero, el dinamitero confederal, hoy incorporado en la vanguardia del Ejército del pueblo, para jugarse la vida todos los días, por diez pesetas, no necesita ese estímulo pequeño burgués que defienden los que se han pasado la vida echando en cara a todos los que no adoptaban

su postura, de «podrido pequeño burgués», para ahora, cuando la revolución está en marcha, adoptar una postura no sólo pequeño-burguesa, sino hacer una exaltación de lo más podrido pequeño-burgués, pensando, a falta de otros elementos donde apoyarse, explotar a estos trashumantes para dar la sensación de una fuerza tan foja como averiada.

Tampoco el dinamitero, que tan limpiamente se juega la vida, ha tenido que hacer comedias, telones fotográficos, a base de carteles murales—stajanovismo teatral para engañar incautos—, y

vivir y lucirse con un atavío de teatro y unos arreos de nuevos «caballeros» flamencos sin Flan-des.

Y ante esta realidad, qué asco debe de sentir nuestro dinamitero confederal, incorporado a la vanguardia de la muerte en ese Ejército del pueblo, cuando ve tanto movimiento equivoco y tanto «estímulo», sin el cual no hay actividad en muchos elementos de la opitación profesional y tantos stajanovistas de nandereta, tanto en esta retaguardia como en aquella, todavía más indignante, del Levante feliz.

Y ante tal espectáculo, cuántas veces pensamos a este nuestro dinamitero cómo sueña alguna vez que manda su carga de metralla a otras latitudes donde tanta mandanga y tanto sarcasmo se explota con una seriedad tan sarcástica como grotesca.

Por eso el dinamitero, vanguardia de la victoria que arrancó a todas las adversidades su triunfo, lanza un taco y mueve sus hombros con desdén a tanto truco, mientras sus labios lanzan eso que frecuentemente se arroja como una impedimenta para poder tener la boca limpia y en estado perfecto de sanidad...

Dinamitero y estímulo: abeja y zángano de la humana colmena, igual en la paz como en la guerra... Realidad demasiado seria para que el truco quiera ocupar con sus bambalinas de teatro esa realidad necropolitana, esa realidad trágica que sabe que su ambiente está tan lejos de la retaguardia teatral como de la vergüenza de todos los Levantes donde tantas derrotas vergonzantes se ganan.

MARIANO ALDAVE



-- Morir por la libertad, es un derecho, Sucumbir por la opresión es un crimen. --

EL MARTIRIO DE MADRID

El obús traidor, ha ido calando arteramente, amparado en las sombras de la noche y escondido entre los pliegues de la tarde azul, llena de ruidos callejeros, las casas de Madrid, en un bordado de muerte. Sus estampidos, han llenado de zozobra pasajera, a un pueblo que sin olvidar la intensidad de la lucha, en que vive, trabaja a toda hora, construyendo y colaborando al éxito final de la victoria. Tarea, inútil, la de esos sembradores de inquietudes y de lágrimas.

Ningún ejemplo, más alto, ni más claro, ni más fecundo, que el que ofrece al mundo entero, el estoicismo de este Madrid, mil veces heroico. Espejo claro, en el que se reflejan todas las virtudes, de los pueblos que saben ser grandes, por sentirse independientes. La sonrisa de Madrid, en estas horas, en que el fascismo internacional le hace blanco de sus crímenes, es un salivazo moral que nubla el rostro de los invasores

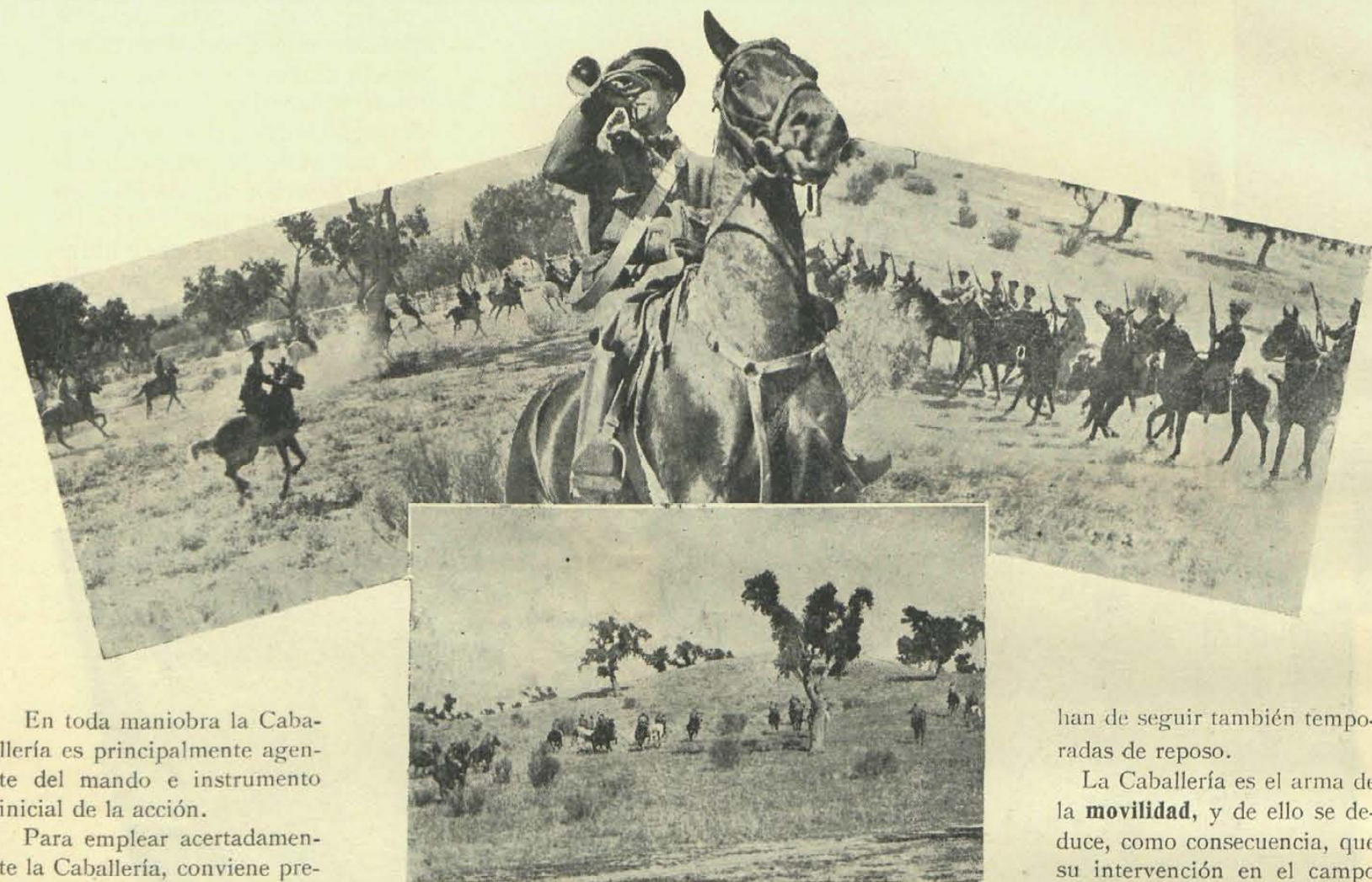
Corazón
de
España

Hogares felices, ajenos a todo rencor, han sido destrozados villanamente, con conducta tenebrosa y absurda. La bomba de aviación alternando con el obús, artillero, descargan sobre Madrid—la ciudad de todos los martirios— su cobardía y su sed de venganza. Pero, ese sacrificio de Madrid, fructifica a toda hora. En él, está el eje de nuestro triunfo.

Este cuadro gráfico, mesa revuelta de tanto sadismo cruel, bochorno de tantas aportaciones tímidas, es un cristal limpio, donde se deben mirar, todos aquellos, que en esta hora trágica, todavía se blandean, ante el peligro que para todas las naciones civilizadas, supone el fascismo. Ninguna ciudad como Madrid, tiene ganado el título, de capital de la Revolución y de la guerra.

DIVULGACIONES

La caballería en la guerra



En toda maniobra la Caballería es principalmente agente del mando e instrumento inicial de la acción.

Para emplear acertadamente la Caballería, conviene preguntarse:

- 1.º ¿Cuáles son las necesidades esenciales del Mando?
- 2.º ¿En qué medida la Caballería puede satisfacerlas?

Las diferentes misiones que pueden ser encomendadas a la Caballería por el Mando, pueden clasificarse en la siguiente forma:

1.º Misiones que sólo la Caballería puede realizar, en determinadas condiciones de tiempo, por ejemplo, misiones de exploración, ofensivas sobre los flancos o la retaguardia del enemigo.

2.º Aquellas que puede realizar en mejores condiciones que las otras armas, si bien éstas pueden también cumplirlas, por ejemplo, la seguridad del ala de un dispositivo y el enlace entre dos grupos de fuerza.

3.º Aquellas, en fin, que la

Caballería puede cumplir en rigor, pero que las otras armas realizan en mejores condiciones, por ejemplo, la protección de una retirada, la acción ofensiva o defensiva sobre un frente estrecho y encuadrado.

Es evidente que las misiones de la primera categoría serán confiadas siempre por el Mando a la Caballería, si es que dispone de ésta; que las de segunda categoría sólo le serán confiadas en defecto de objetivos de la primera clase; y, en fin, que las de la tercera categoría sólo habrán de encomendarse a las tropas a caballo en el caso de que la penuria de medios no permita dar el encargo a otras armas.

Es muy de tener en cuenta

que las Unidades de Caballería, y en particular las Unidades mecanizadas, son siempre poco numerosas y difíciles de reemplazar, por lo cual los Mandos habrán de esforzarse en evitar su desgaste prematuro en el cumplimiento de objetivos que no permitan extraer el máximo provecho de sus condiciones especiales. Cuando no hubiera servicios apropiados que realizar, el Mando no debe sacrificar la Caballería a la impaciencia de encontrar ocasiones en que emplearla; ha de saber reservarla para el momento oportuno, pues es evidente que la Caballería se emplea en acciones determinadas de corta duración, y que por tanto si para ella existen períodos de actividad intensa

han de seguir también temporadas de reposo.

La Caballería es el arma de la **movilidad**, y de ello se deduce, como consecuencia, que su intervención en el campo de batalla ha de ser rápida. Por ello, también puede constituir el arma de los **períodos de crisis**. Esta observación implica tanto desde el punto de vista del Mando, como del de los ejecutantes, consecuencias de importancia. La rapidez de acción es, en efecto, consecuencia de la decisión del Mando, de las órdenes que éste dé y de su ejecución.

Para que la Caballería intervenga en las debidas condiciones de rapidez, es preciso que las órdenes que reciba sean breves y sencillas, y al mismo tiempo precisas.

Estas cualidades son difíciles de reunir, pues se tropieza generalmente con la costumbre de dar órdenes extensas, propias de la guerra de estabilización. Pero es evidente que si es preciso actuar con rapidez, estorban las órdenes

Contra las formas tradicionales de gobierno, contra la opresión y la tiranía, deben agruparse los auténticos amantes de la Libertad, sino queremos sucumbir bajo una ola de oprobio y vilipendio.

complicadas y las órdenes académicas. Lo que se precisa son órdenes breves, órdenes-croquis y órdenes verbales que posteriormente pueden confirmarse por escrito.

Para que una acción de Caballería tenga resultado ha de ser ante todo simple; es decir, sencilla en la confección y sencilla en la ejecución.

Algunos principios generales sintetizan toda la táctica de la Caballería en el movimiento:

Noción de la **dirección de Grupos tácticos**, por oposición al concepto de alineaciones;

Desbordamiento sistemático de toda resistencia, al mismo tiempo que su localización;

Acción rápida y brutal para conseguir la sorpresa del enemigo. Se procura este resultado con la adopción, de antemano, de dispositivos de semi-despliegue, preparatorios del combate. También se consigue por procedimientos especiales que el Mando puede ordenar, tales como la descentralización, la instalación de centros de información y de puestos de Mando avanzados, y colocación de los Jefes a la cabeza de las Unidades.

Mantener la dirección y procurar el desbordamiento del enemigo en un ataque rápido para conseguir su sorpresa es toda la táctica de la Caballería en la guerra de movimiento, y por lo que se refiere a todas sus Unidades, desde el Escuadrón hasta los Cuerpos de Caballería.

Con la movilidad, la Caballería posee también potencia de fuego, considerablemente acrecentada en todas las Unidades después de 1914.

En conjunto se ha podido observar que la Caballería está indicada para ciertas acciones de fuerza, sobre frentes apropiados a los medios de que dispone, pero que no se le puede exigir que actúe sino durante **poco tiempo**; no tiene posibilidades para sostener una acción de intensidad creciente o de duración prolongada. De esta realidad pueden deducirse las conclusiones siguientes:

El empleo de la Caballería no se concibe regularmente más que en **combinación con las otras armas** (Aviación, Infantería, Artillería, Ingenieros), en tal medida que éstas no lleguen a romper el equilibrio que se debe conservar entre la movilidad y la potencia.

La intervención de grandes Unidades de Caballería en las batallas ha de producirse en cooperación con otras grandes Unidades del Ejército. Las grandes Unidades de Caballería son, en efecto, apropiadas para preparar la intervención de otras armas, reconociendo en el combate la situación del enemigo y cubriendo la aproximación a él. Pero cuando se trata de llevar a cabo una operación ofensiva o defensiva que no exija únicamente la **localización del adversario y la rapidez**, sino la acción a fondo y duración, es necesario que la Caballería ceda el puesto a

otras grandes Unidades para desempeñar en otro lugar su cometido.

La Caballería cuando actúa sola, lejos y durante mucho tiempo ante un enemigo moderno y activo, está condenada al fracaso. La Historia enseña que después de las famosas cargas de Stuart y de Morgan durante la guerra de Secesión americana, si los raids de Caballería no han dado resultado, ello se debe a que se le privó de la cooperación indispensable de otras armas.

La Caballería debe compensar su falta de potencia buscando la **sorpresa**, tanto en la ofensiva como en la defensiva.

Además de los procedimientos comunes a las demás armas: Secreto, astucia, enmascaramiento, sus aptitudes particulares permiten a la Caballería, en la ofensiva:

Situar más rápidamente sus elementos en el lugar de acción;

Extender un frente determinado;

Variar los puntos de ataque y escoger los más débiles del enemigo, generalmente el flanco.

En la defensiva, la Caballería tiene a su alcance los siguientes procedimientos:

Situar frente al adversario un frente inestable;

Apoyar este frente rápidamente en obstáculos naturales;

Emplear ataques locales destinados a dar a la ofensiva un aspecto de ofensiva y emplear frecuentemente los **contraataques de desplazamiento**.

Por sus especiales características, la Caballería necesita la mayor atención por parte del Mando. La Caballería, tanto hipomóvil como automóvil, es un arma frágil, que no se improvisa, que se desgasta fácilmente, y es muy difícil de reorganizar.

Los caballos no solamente han de comer y beber, sino que no pueden marchar más que bien herrados y sin que puedan soportar un esfuerzo prolongado, sobre todo si no se procura aliviarles el peso que han de llevar.

En cuanto al material automóvil, es preciso revisarlo periódicamente y conservarlo en buen estado, por lo cual han de tenerse dispuestos talleres y centros de aprovisionamiento a la distancia de algunos kilómetros del frente.

Se impone, en general, proveer a la Caballería de acantonamientos ricos en agua y en los que puedan trabajar de noche los equipos de reparación y de conservación. Es preciso, además, procurar que entre los períodos de operaciones activas tenga la Caballería período de descanso suficiente a fin de que los automóviles puedan ser reparados en los talleres y los caballos tengan los cuidados que precisan.

Todas estas previsiones exigen, finalmente, para su eficacia, que las zonas de acantonamiento de la Caballería sean zonas de circulación fácil y en que, por consecuencia, ésta quede completamente asegurada.

CASA DE CAMORRA

Artilleros: ¡Sus y a ellos!

Cuando nuestra Artillería disparaba tan certeramente sus piezas, un deseo de venganza animaba mi corazón, hasta el extremo de que parecía querer salir del pecho.

¿Por qué no destruiré el «Restaurante de Camorra»? ¡Oh! Si yo fuera artillero, pensaba. Y ¿cómo yo, que no dejé que anidasen en mis sentimientos, tan humanos siempre, ningún instinto malsano de venganza, podía desearlo tan vehemente? ¿Sería que la crudeza de la guerra, que lleva tantas miserias en sí, me habría podrido hasta desear la destrucción de una casa que podía ser útil? Nada de esto, camaradas. Haré un poco de historia y me perdonaréis que mueve sentimientos y recuerdos particulares en estos momentos que todos somos unos y como uno solo luchamos por aplastar **aquello** que tenemos enfrente y lo que **aún** queda entre nosotros.

¡Casa de «Camorra»!

¡Cuántos ladrones, más o menos legalizados pasaron por ella! ¡Cuánto chulo! ¡Cuánto torero! ¡Cuánto militar de aquellos tiempos! ¡Cuánto clérigo! (de paisano). ¡Cuánta **celestina**! Y... ¡También! cuánta mujer honrada, bajó allí el primer escalón para descender hasta los prostíbulos más asquerosos. Y. ¿Cómo no? La Guardia civil se detenía allí a **tomar algo**, cuando en su negro oficio se dedicaba a conducir, bien amarrados, a terribles delincuentes. Hombreros que no querían perecer de hambre, ni que perecieran sus hijos, y se metieron ¡pobres! en el monte a por conejos o leña para, al cambiarlo por lo que quisieran dar los que conocían su procedencia, cambiarlo a su vez por pan que llenara el estómago de sus hijos y el suyo a la vez.

¡Duro, compañeros artilleros!, decía yo, casi, casi en alto, como si pudieran oírme, cuando a veinte metros de mi

parapeto caían tejados, balcones y los pisos de la casa de mis pensamientos. ¡Por fin!, y entre ellos, los que en ella tenían su guarida (guardia avanzada de la **Gran Bestia**. Al caer, algo se movía aceleradamente en mi pecho. El corazón. Tengo la seguridad de que era más grande en esos momentos. ¿Y el pensamiento? ¡Cómo volaba retrospectivamente a aquellos años del famoso 17, cuando deshecho y agobiado, caminaba entre los civiles por esta carretera de La Coruña en dirección a la **Modelo**!

Se pararon en casa de «Camorra» a beber **algo** y de paso a exhibir su presa. ¡Lo recuerdo como si fuera ayer! Unos juerguistas me daban dinero, compadecidos. ¡¡Canallas!! Lo desprecié con el peor de los gestos. Tenía yo unas **perras** que me ofrecieron, y yo acepté, las compañeras de los trabajadores de **mi** pueblo, a la salida de la prisión preventiva, y que seguramente sería el importe del pan o la carne para el cocido del compañero.

El delito mío era el de todos los trabajadores rebeldes: Protestar y defenderme del hambre. Pero, según la autoridad de aquellos tiempos, yo era un handido, sin carnet ¡claro está! Entonces no se estilaban esos sambenitos. Al decir de los verdaderos trabajadores del pueblo, yo era uno más de tantos que tienen la manía de hacer y pensar por su cuenta, sin someterse a nadie...

¡Apunta bien, artillero! Yo te admiro cuando destrozas guaridas de **la Bestia**. Siento una emoción muy intensa. Veo que entre los escombros caen para siempre aquellos reductos donde se esconden los desgraciados que defienden todo aquel pasado de ignominia.

No temas destruir, artillero, casas que al poder ser se-

rían útiles. ¡Duro con ellos! Nosotros, los que sabemos construir las, las levantaremos y las haremos nuevas. Más bellas y sanas. Y las pondremos por ornamento a nuestros hijos, jugueteando, con la alegría y la libertad de quien disfruta lo que ganamos, palmo a palmo, para **ELLOS**.

No dejéis (Retaguardia)

que tome incremento este dolor que siento en mi corazón al acometerme algún asomo de duda.

Yo, que escribo esto a veinte metros de las trincheras de la **Bestia fascista**, os lo exijo.

¡¡Duro, artilleros!!

Salud.

Cuesta de las Perdices, 20 de junio de 1937.

Lección de botánica para los soldados

Comenzaremos diciendo que el vegetal (una planta) se compone de tres partes; éstas son: raíz, tallo y hoja; al lado de esta última, sobre las ramas, se encuentra la flor.

Para el vulgo, la flor es el órgano vistoso de la planta, por su aspecto llamativo al observador; pero nosotros diremos que no es así, puesto que tiene otro fin muy principal; esto es, que la flor sirve para producir la semilla que perpetuará la especie.

Si cogemos una flor; por ejemplo, una rosa, y la observamos atentamente, veremos unas piezas exteriores a la flor que la rodean: éstas reciben el nombre de «sépalos», que todas juntas forman el cáliz. Continuando la observación veremos otras piezas más interiores llamadas «pétalos»; estas piezas suelen ser generalmente blancas, rojas, azules, amarillas, etc. Como se ven de colores vivos, formando el órgano vistoso de la flor. La reunión de los pétalos forman lo que se llama la corola.

Pero si continuamos profundizando el estudio de la flor, y ayudado de un cortapluma vamos quitando el cáliz y la corola, llegaremos a los verticilos sexuales de la flor.

El verticilio sexual masculino, llamado andróceo (éstos son los estambres), son una especie de hilos largos y huecos que tienen las flores masculinas, o también las hermafroditas en su parte interior. Estos pelitos o, mejor, tubos cilíndricos están repletos de un diminuto polvito llamado «granos de Polen». Se almacenan en la parte superior de los estambres dispuestos, como veremos más adelante, a trasladarse a los órganos femeninos.

El órgano femenino de la

flor se llama cineceo, y consta de tres partes: la parte inferior u ovario, en donde posan unos granitos llamados óvulos esperando al polen; el ovario se continúa con un tubo alargado, por donde va a pasar el polen llamado estilo, terminando en una maza o estigma.

Una vez estudiadas las partes de la flor, vamos a ver sus funciones. Primeramente diré que el polen sale de la flor masculina por ciertos agentes exteriores, tal como los insectos, que al chuparse el néctar de la flor (sustancia azucarada), el polen queda adicionado al abdomen del animalito, y al llegar a otra flor femenina, el polen que traía el insecto (una mariposa) queda en el cineceo o verticilio sexual femenino, llegando de esta manera el polen en contacto con los óvulos.

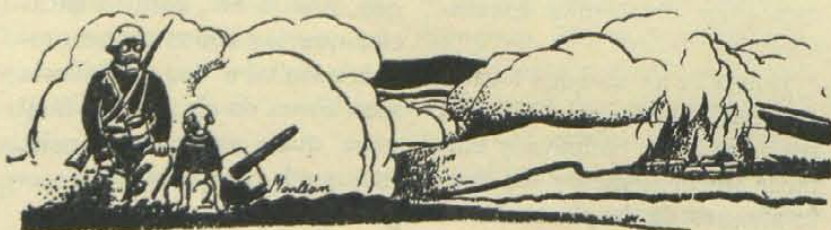
De esta forma el ovario comienza a crecer, y luego de un período de maduración queda transformado en el fruto, siendo las pepitas que vemos en el fruto. Los óvulos del ovario son precisamente los que nos van a servir para plantarlos y formar otra planta, análoga a que le dió origen; ésta es la «semilla».

El hombre ha utilizado muchas de ellas para la alimentación, puesto que son ricas en materias nutritivas, tales como el trigo, que son harinosas; otras, aleurónicas, como la avellana, y otras oleaginosas, cuando contiene grasa, como el ricino.

De esto sacamos la conclusión de que no debemos romper ni estropear las plantas, puesto que quitamos su vida, siendo un perjuicio tanto moral como material contra nuestra misma persona.

M. MUÑOZ,

Cabo maestro de primera Enseñanza.





En el frente de Guadalajara.—Cipriano Mera saludando al general Mejicano Luis Calvo en una visita a dicho frente

ESCALONES SANITARIOS

Tiene por objeto este artículo explicar de una forma clara y sin ninguna pretensión científica las diversas vicisitudes por las que pasa un soldado herido desde la primera línea de trincheras hasta el hospital denominado Base. Con frecuencia ocurre que por ignorancia, bien del soldado o de las clases y demás personal que le asiste llega a los hospitales y puestos quirúrgicos de vanguardia con retraso o con una mala aplicación de los socorros sanitarios de rigor debido a un desconocimiento de lo que es lema de este artículo.

El soldado en primera línea forma parte de su equipo el denominado paquete de cura individual, que en síntesis consiste en una pequeña bolsa de tela impermeabilizada o caja metálica, en cuyo interior contiene una pequeña ampolla de tintura de yodo, otra de colodión, dos compresas de gasa estéril y un vendaje o un pañuelo triangular con un par de impermeables en un sobre; de dicho paquete su uso debe de ser enseñado en la instrucción militar preliminar, lo mismo que cualquier armamento o parte de su equipo. Ocurre con frecuencia que dicho paquete es objeto de cu-

riosidad por parte del soldado o bien trata de aprovecharse de algunos elementos que en el mismo existen (pañuelo, impermeables, etc.), sin comprender la utilidad que dicho paquete representa inutilizándola como ya hemos expuesto. Por tanto, debe de insistirse sobre estos puntos. Durante el período de instrucción, no es indispensable aunque sí conveniente que toda la tropa lleve en su equipo este elemento, aunque como mínimo debe exigirse disponga de él el 25 por 100.

El paquete de cura individual en la práctica no suele aplicárselo el mismo herido, unas veces por la imposibilidad de valerse por sí mismo, debido a factores psicológicos fáciles de explicar, otras, por imposibilidad física (heridas en las manos, pérdida de conocimiento, etc.). Debido a ello la aplicación ha de hacerla uno de sus compañeros.

De la prontitud y buena aplicación de dicho elemento depende mucho la buena marcha de una herida, y su aplicación consiste:

1.º Buscar los orificios de entrada y salida de la herida, previo desgarrar de las ropas, si fuera necesario.

2.º Romper la cubierta im-

permeable o metálica del paquete.

3.º Aplicación mediante roturas y vaciado de la amlla de yodo o antiséptico que lleve en su interior, sobre los orificios de la herida.

4.º Aplicación de las compresas estériles, procurando no tocar con las manos la cara que va a aplicarse sobre la parte herida.

5.º Sujeción de las compresas mediante el vendaje, y por último su protección o semimovilización del miembro herido.

Una vez aplicado este primer remedio el herido es colocado sobre una camilla, o bien acompañado si puede andar, o con un elemento de transporte improvisado que le lleve al cabo practicante de Compañía, el cual dispone de una bolsa de socorro, y ha de rectificar si es menester la aplicación de urgencia y que por manos semiprofanas le haya sido hecha al soldado por el ya referido paquete de cura individual. Rápidamente y por los camilleros de la Compañía y por un sendero semicubierto y cuya línea o trazado debió de elegir previamente el Capitán de Compañía, el herido es transportado al puesto de socorro del Batallón, terminando con esto el primer escalón.

¿Qué es un puesto de socorro de Batallón? Es un esca-

lón sanitario, en el cual el herido recibe la primera asistencia de un técnico sanitario (facultativo-médico).

Se ha discutido mucho si el puesto de socorro del Batallón debe de ser fijo o ha de movilizarse a lo largo del campo atrincherado para auxiliar al herido (Insitu). La práctica ha demostrado que cuando el número de bajas es numeroso es imposible correr tras el herido, pues con ello sólo se logra no atender a ninguno, por lo cual el puesto de socorro ha de ser fijo y los heridos han de buscar el médico, y no el médico a las bajas.

¿Dónde colocarlo? El puesto de socorro del Batallón lo fijará el mando del Batallón, de acuerdo con su asesor técnico, que es el médico. Debe de estar lo más próximo posible a las Compañías desplegadas, pero a cubierto de la acción de las armas portátiles del enemigo, o sea, a una distancia mínima de la primera línea de 500 metros y máximo de 1.500, según las circunstancias y la topografía del terreno. Debe, además, estar cerca del mando del Batallón y en un punto donde coincidan las líneas de comunicación, municionamiento y avituallamiento de todas las Compañías. El transporte de las bajas desde las Compañías hasta el puesto de socorro corre a cargo de los camilleros de las Compañías.

¿Cuál es la función del puesto de socorro? Cuando un herido ingresa en el puesto de socorro debe inmediatamente hacerse su ficha o tarjeta sanitaria. Si no trae medalla de identidad preguntarle su nombre, y caso de no poderlo decir indagarlo por medio de los compañeros que los transportaron, anotarlo con su correspondiente diagnóstico en el libro registro del botiquín y rectificar la cura que trajo de su Compañía y movilizándolo miembros fracturados, cohibiendo hemorragias, amputando miembros semi-destruidos y reanimando con tónicos cardíacos y suero, o bien mitigando el dolor con morfina al herido. En una palabra, cumpliendo con las primordiales indicaciones vitales.

Con lo anteriormente expuesto queda terminada la función del segundo escalón sanitario, y para un próximo artículo explicaremos la marcha del herido hasta el ya mencionado Hospital-Base.

Un Comandante de Sanidad.

Diversas categorías de ARTILLERÍA

por el GENERAL CARDENAL * * * * *

(Continuación.)

Maniobra con el material.

En toda época se ha procurado dar a la artillería potencia y movilidad. Generalmente, en los períodos de guerra de alguna duración se concentra toda la atención en la potencia; luego se atenúa el recuerdo de los días penosos, los ejércitos en tiempo de paz modifican las ideas y la atención se dirige hacia la movilidad. Mientras el único modo de transporte fué la tracción hipomóvil, la movilidad fatalmente se traducía en ligereza, es decir, en disminución de potencia. Hoy día, gracias a la tracción automóvil, puede esperarse el lograr la movilidad sin disminución de potencia; el motor mecánico, en efecto, no ve limitada su movilidad más que por la consistencia del terreno.

Es preciso, sin embargo, determinar la clase de movilidad que proporcionan los motores mecánicos, tomando este término en su acepción más amplia e incluyendo entre ellos el ferrocarril. Estos motores permiten efectuar rápidamente el traslado de masas importantes desde un teatro de operaciones a otro, que con frecuencia está muy lejano; proporcionan, en una palabra, la MOVILIDAD ESTRATÉGICA.

Se ha visto, por ejemplo, durante la Gran Guerra, y no refiriéndose más que al frente Occidental, traslados por vía férrea desde Francia a Italia de material de artillería de todas clases, incluyendo la de muy gran potencia. Se han visto en el frente francés traslados por vía férrea y por carretera con automóviles, de posiciones separadas entre sí, centenares de kilómetros. El año 1918 particularmente demostró que la movilidad estratégica se consiguió de manera satisfactoria.

Por el contrario, la MOVILIDAD TÁCTICA es la que interesa a la artillería para sus cambios de posición en el campo de batalla mismo. Su realización es menos completa que en el caso precedente; en todas épocas, aún en buenos terrenos, es un problema difícil el mover fuera de caminos los materiales que no sean artillería ligera; los movimientos de la artillería pesada fuera de caminos, siempre son lentos y dificultosos. Pero cuando en 1916 y 1917 se empezaron a ejecutar preparaciones metódicas prolongadas con propósito de destrucción absoluta, fué preciso tener en cuenta la desaparición total de caminos y tal trastorno en la superficie del terreno, que se hizo imposible el aprovechamiento rápido del éxito y la continuación de las operaciones fué con frecuencia más dificultosa que al comienzo, pues la artillería no podía ejecutar el más sencillo cambio de posición, sino a costa de dificultades y de un tiempo considerable. En 1918, no obstante el carácter general de guerra de movimiento que tuvieron las operaciones, la artillería encontró las mayores dificultades para poder seguir el avance. Por ello puede leerse en un documento del Gran Cuartel General, fechado el 24 de febrero de 1918 dirigido al Ministro de la Guerra y firmado por el Mariscal Petain, lo que sigue:

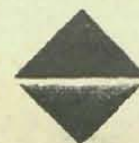
«Mientras no se resuelva el problema de la movilidad táctica de la artillería, el ejército que haya logrado romper el frente contrario verá a su infantería apoyada sólo por una pequeña parte de su artillería, y ésta mal aprovisionada de municiones. Al enlace de las armas, merced al cual se obtuvo el éxito inicial, sucederá una disgregación de ellas, que impedirá aprovechar íntegramente aquel éxito. Este ejército sólo logrará victorias limitadas.

«Que, por el contrario, la artillería ligera y la pesada, con su municionamiento asegurado, pueden seguir por toda clase de terrenos a la misma velocidad que la infantería, y subsistirá entonces el enlace entre las armas, la facultad de reiterar los esfuerzos sin solución de continuidad, y sin dejar al adversario tiempo para rehacerse, en una palabra, llevar el aprovechamiento del éxito hasta el límite. Entonces podrá esperarse el ver de nuevo las grandes Victorias de la Historia...

(Continuará.)

CON PLUMA AJENA

¡ASI LUCHAN LOS MILITARES DEL PUEBLO!!



Ricardo Sanz, duro, enérgico, perseverante, hace todo lo que quiere de su gente porque predica con el ejemplo.

“No estamos frente a Huesca,—ha dicho el General Pozas—es que tenemos a Huesca cogida y al alcance de nuestras manos”

(Crónica de Antonio de la Villa)

El general Pozas ha dicho en unas octavillas, con su firma:

“No estamos frente a Huesca; es que tenemos a Huesca por todas partes cogida y al alcance de nuestras manos. Se han intervenido en absoluto todas sus comunicaciones, y, por tanto, los facciosos ya no pueden aprovisionarse por ningún camino ni por ningún medio.

Este ha sido el resultado de unas operaciones realizadas con una precisión como pocas veces hemos visto en estos once meses de contienda.

La mano sabia del coronel Rojo, que personalmente y sobre el terreno—los planos y los cálculos pueden fallar, pero lo que uno palpa es más difícil—estudió la ofensiva, ha conseguido los resultados que apetecíamos.

Está copada Huesca. Porque no es la materialidad de tener en nuestras manos una capitalidad de mucha monta; es que por lo que acaba de realizarse, y si el espíritu persevera como hasta ahora, toda la provincia de Huesca puede ganarse para la República.

Los accesos a Huesca se han podido ocupar movilizándose por distintos sectores nuestros soldados: carretera de Jaca y ferrocarril de Jaca, cortados y dominados por la parte de Sabiñánigo—hacia el Pirineo—y por Alerre, mirando a Huesca.

Todo lo que linda por Almudé

var, Tardienta y Vicién, sin escape posible.

Reforzados los puertos de Siétamo y Monte Aragón, que es tener constantemente en vigilancia todo lo que intente moverse hacia la parte derecha de Huesca.

Y lo que es mejor todavía, por la operación que acaba de realizarse en la sierra de Alcubierre, los accesos del enemigo por el lado del Ebro se han ahogado.

En Alcubierre se halla, entre otras divisiones, que antes era la brigada Durruti.

¿No evoca esto nada? En los días que siguieron al 19 de julio, en todo el sector de Huesca y de Zaragoza no se movió una sola hoja de árbol que no fuera por la voluntad de Durruti.

La columna Durruti seguía con su fuero en toda esta parte que riega el Ebro.

¿Y qué ha pasado ahora? Pues que fué bastante la invitación del general Pozas a encuadrarse en los puestos que se han marcado para que, con una obediencia ciega, se hayan cumplido todos los designios.

En estos días agobiadores de junio—aquí el sol y el aire que man—hemos vuelto a Bujaraloz, y en el mismo cuartel general que convivimos dos semanas enteras con el bravo Durruti, nos encontramos con Ricardo Sanz, sucesor en el mando y de quien tienen buena memoria aquellos luchadores del 7 de noviembre frente a la Ciudad Universitaria.

Ricardo Sanz lleva la responsabilidad de la división (columna Durruti), y la lleva de tal manera que, como dice un soldado, “hasta las piedras tiemblan cuando levanta la voz”.

Duro, enérgico, perseverante,



hace todo lo que quiere de su gente, porque predica con el ejemplo: a la hora de los riesgos es el primero.

Aquí está Ricardo Sanz, con su ayudante Edo, con el teniente coronel Blanco Valdés, con aquel comisario Riorra, inseparable también de Durruti.

Falta de allí Carreño, el cornetilla Isla, Miguel, la mecanógrafa Pilar. ¿Qué ha sido de ellos?

—Por aquí ha pasado el general Pozas con el jefe del Estado Mayor Central, coronel Rojo. Como jefes me hablaron, y yo como soldado contesté: "Los compañeros que están conmigo, to-

dos hombres de ideas, son también hombres de realidades. Para esa transformación de las Milicias en soldados queremos ser los primeros. Atentos a lo que se nos mande y sometidos a la disciplina más férrea. Sin unidad en el mando no es posible la realización suprema."

De esta manera sencilla el hombre que continúa la trayectoria de Durruti ha tapado la boca de los insensatos que pregonaban extrañas rebeliones en las trincheras del Ebro.

Y al primer mandato, Ricardo Sanz, combinado con otras divisiones, en una lucha muy dura y

muy bien dirigida, ha logrado ya realizar el primer sueño.

En el sector de Monte Oscuro—tenebroso por todo lo que encerraba—se han ocupado ya las posiciones enemigas de Monte Calvario y la ermita de Santa Cruz.

Desde allí se ve a Zaragoza tan cerca, tan cerca, que se asombra uno mismo del formidable avance.

Pero esto interesa mucho menos que saber cómo por estas posiciones se hacía todo el abastecimiento camino de Huesca.

La sierra de Alcubierre, que parecía inaccesible, está ya dominada.

Labor de mando único. En el mes de septiembre Durruti intentó por dos veces el asalto. Sus hombres—estos mismos hombres—empujaron de verdad. Pero ellos, por sí solos, no podían hacer nada.

Entonces faltó el complemento que ha venido ahora. Con la toma de Monte Calvario y la ermita de Santa Cruz se ha dado un paso de gigante.

Y Huesca, que estaba atenazada, ahora empieza a sentir el ahogo y el desfallecimiento.

Huesca va a caer en nuestras manos.

¡¡ESTO ES EL FASCISMO!!



La horda invasora ha pasado por el lugar. Y tras sí, deja, esta estela de crímenes horrendos. Macabra impresión realista. La visión dantesca, de este cuadro sanguinolento, nos hará meditar una vez más: «esto, es el fascismo»
¡¡Destruyémosle!! Hasta su total, aniquilamiento. (Dibujo de Souto)

B I L B A O

*Los pueblos que saben
morir con honra*

La heroicidad del pueblo vasco, sin precedente en ningún gesto histórico, ha motivado escenas de un dramatismo tan profundo, que sólo el lápiz de los grandes maestros del impresionismo, puede dar una aproximada certeza de tanto dolor y de tan intensa tragedia.

